

Brinkman: figuras de la abstracción

Quiero ante todo dar las gracias al concejal de Cultura, Diego Maldonado, por su invitación a participar en el acto de presentación de este espléndido libro de Antonio García Berrio dedicado a Enrique Brinkman, una de las personas que más admiro, en su faceta artística y humana, desde el día en que le conocí, compartiendo tribuna en un mítin por el senado democrático en un país lejano, muy distinto a éste. Esta admiración se enriqueció con el afecto en torno a la presencia catalizadora del inolvidable Santiago Amón, que consideraba a Enrique, junto a otros dos pintores de aquí, uno de los absolutamente grandes de la pintura española. Pero mi admiración deja de ser un fenómeno subjetivo cuando ve la luz un libro como éste en el que se recoge toda la trayectoria de un artista instalado desde hace mucho tiempo en una fecunda e indesmayable madurez creadora: algo que sólo logran los que, ajenos a la seducción del éxito y sin dejar de ser nunca ellos mismos, rompen amarras con sus certidumbres y se lanzan al camino de la búsqueda cumpliendo con la determinación del Ulises que todo verdadero artista lleva dentro. Enrique Brinkman viaja mucho y para poco tiempo en Ítaca, lo justo para olisquear la onda del mundo que nos rodea y reemprender el viaje para absorberlo, asumirlo, devorarlo y devolverlo convertido en materia artística de rabiosa actualidad. Enrique Brinkman es un reportero de la pintura, un reportero de los de antes, de los que bajaban a la calle contaminándose de realidad para devolvérsola al día siguiente en una crónica que encerrara en su casi abstracta levedad, toda la complejidad y dramatismo de la vida cotidiana. Como dice bien García Berrio, “Brinkman es una legítima criatura de su edad cultural” y, añadiríamos nosotros, Enrique se ha propuesto no renunciar jamás a esa legitimidad.

El gran músico Igor Stravinsky exigía que sus obras fueran enjuiciadas y disfrutadas en el terreno estrictamente musical, es decir, en el de la técnica, la composición, la estructura, la lógica interna y pitagórica de los sonidos. Exigía, por tanto, despojarla de cualquier intromisión literaria en el mismo acto del goce

musical. Algo parecido exigía también Bertold Brecht para su teatro. Es decir, nos obligaban a estar muy puestos en el *logos* y no caer en la ordinariez del *pathos*, a mantener la verticalidad de lo apolíneo y no tambalearnos con la melopea de lo dionisiaco. Dicho de otro modo, nos obligaban a ser *profesionales* del arte, lo cual, evidentemente, no está al alcance de todo el mundo. Afortunadamente Brecht y Stravinsky se equivocaban y entre sus obras, a pesar de ellos, se filtraba una pasión directamente dirigida a los sentidos que es lo que hoy nos permite disfrutar de su arte imperecedero a los que no somos profesionales del ramo. Yo no estoy preparado para desmenuzar las habilidades técnicas y compositivas de la obra de Brinkman, pero sí podría pasarme horas transmitiendo mi pasión por ellas.

Y esto es lo que hace muy bien Antonio García Berrio en este libro. Desde el principio deja muy claro los términos de un problema casi tautológico: para disfrutar de la música necesitamos del oído; para disfrutar de la pintura, de la vista. Pero si queremos hablar de la música o de la pintura, si queremos inculcar a otros nuestra pasión por ellas necesitamos de la palabra, de la literatura, de ahí que, como dice en su preámbulo, la *expresión plástica* del artista ha de transformarse, obligadamente, en *expresión verbal* en el comentario, y de ahí también que toda crítica de la pintura- como ocurre con la crítica literaria- acabe siendo una *paráfrasis* de las imágenes visuales. Puestos a ello, y con las cartas boca arriba, el autor echa mano, por economía y rigor explicativo, de la Retórica, que “es la ciencia clásica que servía para enseñar el modo de servirse artísticamente del lenguaje para lograr especiales efectos de expresividad persuasiva, ese “plus” de “bellezas emotivas” con el que se identifica el contenido concreto de las artes”. La obra de Brinkman, acompañado del guía García Berrio, es así analizada pasando por el “escáner” de las clásicas figuras retóricas: la metáfora, la alegoría, la antítesis, la metonimia, la sinécdoque y la paradoja. El método funciona, nos explica cosas, nos descubre otras, nos enriquece al artista y pone un poco de orden en nuestra pasión, para no desautorizar del todo a Brecht y a Stravinsky.

Pero a pesar de todo yo no puedo competir con los expertos y sólo puedo hablar de Enrique desde la subjetividad.

Para mí, hay dos cosas muy claras en la pintura de Enrique Brinkman: que, desde sus orígenes artísticos, siempre ha sido un pintor abstracto y europeo, dos atributos cargados de sentido. Ha sido un pintor insobornablemente abstracto, y más que nunca en esos tiempos de neofigurativismo de pacotilla que hizo furor en paralelo con el postmodernismo arquitectónico de los ochenta, hoy apresuradamente arrojados al basurero de la historia a la espera de otra movida recurrente que los saque de allí. Incluso en ese largo período de enorme éxito que algunos etiquetaron de “realismo mágico”, como acierta García Berrio, “la supuesta figurabilidad simbólica de las figuras con apariencias más directamente referenciales y realistas, es más asociativa y resultante, que previa y buscada.” Es, pues, la abstracción, en un camino permanente de innovación expresiva, la que a veces le lleva a unas insinuaciones figurativas de enorme dramatismo, muchas veces condicionadas por los propios títulos de los cuadros. Los títulos son muy traicioneros. Al gran pianista Alfred Cortot no le bastaba con bordar la ejecución de Chopin, sino que, a su antojo, tenía que ponerle títulos a lo que nacieron como simples preludios, scherzos, valeses o mazurcas, y así condicionaba anímicamente a la audiencia. Yo tengo en mi casa, frente a la butaca en la que me apoltrono, un gran cuadro de esa época, fruto de la enorme generosidad de Enrique. No tiene ningún título que me condicione su visión, por eso puedo decir que, desde hace veinte años, ese cuadro es un infinito emisor de sugerencias, pero todas girando en torno a un mismo universo geográfico, cultural y anímico: fragmentos de cuadros que he visto en algún momento, en algún museo de Europa. Con frecuencia lo miro haciendo el ojo de la cerradura con la mano y se me aparece Brueghel el Viejo, el Bosco, Durero y van der Weyden, “El jardín de las Delicias”, el “Triunfo de la Muerte” o “El paso de la laguna Estigia”, esas maravillosas salas flamencas del museo del Prado con sus tablas de maderas satinadas. Es inevitable caer en la trampa de las referencias pero es que tal vez no sea una trampa y, qué demonios, eso es el arte: la expresión de

la máxima comunión de vivencias y es de ahí de donde salen las referencias. De dos seres que se llevan bien se suele decir que sobran las palabras entre ellos porque se lo dicen todo con la mirada. Los cuadros de Brinkman y yo nos lo decimos todo con la mirada y veo en ellos, redimidos en arte, la sequedad-pero a veces también el misterio- de un mundo próximo y cotidiano porque, como he dicho, Enrique no está dispuesto a que el mundo le sobrepase como un tsunami y, en cuanto atisba la sirena del éxito y la comodidad, emprende un nuevo camino a la par que la llamada “rabiosa actualidad”. La ciudad del microchip y los abstrusos esquemas de una microinstalación informática coexisten con fragmentos de pared de casas arruinadas con las intimidades reseca, paneles de control en las que se representan ciudades ingobernables junto a tabloneros de anuncios cuarteleros, cartografías de otros mundos que están en éste, portulanos, mapas de tesoros, cartas astrales, de navegación, batimetrías y cuadernos de bitácora de viajes espaciales, códigos de barras y sismógrafos, pizarras después de una clase que no habrá servido para nada, apuntes, notas, palimpsestos, insectos prisioneros en el ámbar, millones de años, sábanas santas apócrifas, el metro de Londres, mapas de hoy encontrados dentro de quinientos años, la vida desbordando la cuadrícula, desgarrando la cuadrícula, saltando vallas en cuadrícula, los chinos al acecho, ya están ahí, todavía pacíficos, sutiles, caligráficos...y de repente, ese reto audaz y a la vez respetuoso- a Mondrian, Malevitch, Albers y Moholy Nagy, que es el cuadro “Asunto de logística”, del año 2005.

En fin, termino, porque cuando dije que puedo pasarme horas transmitiendo mi pasión por la obra de Enrique Brinkman era un hecho cierto, pero no una amenaza. García Berrio, ya al final de su trabajo, alude significativamente a la teoría del *Einfühlung* de origen romántico. Según Wilhel Worringer, toda la historia del arte ha estado focalizada en el concepto de “*Kunstwollen*” o “Voluntad de Arte”. Y esta voluntad artística es definida por Riegl como “aquella latente exigencia interior que existe por sí sola y se manifiesta como voluntad de forma”. En la historia del arte, esta voluntad se ha orientado siempre hacia dos tendencias

básicas: la primera es la abstracción, y la segunda es la empatía o “*einführung*”. Ya hemos dicho que Brinkman es decididamente un pintor abstracto y, como tal, representa al objeto aislándolo del mundo exterior para liberarlo de su estrecha relación y dependencia de las cosas y hacerlo así absoluto. La abstracción encuentra su satisfacción en lo inorgánico y cristalino. Pero según la teoría del “*Einführung*” o empatía, el valor de una línea, de un color o de una forma, para el observador, consiste en el valor de la vida que ésta contiene; sólo mantienen su belleza a través de nuestra sensación vital”. Existen, pues, líneas, forma, colores y texturas que están de una manera atávica o instintiva en sintonía con nuestro espíritu. Detrás de Brinkman hay mucha cultura, muchas lecturas, muchos ecos de la vieja Europa y unos poros por los que penetra la realidad en permanente ósmosis. Participar con Brinkman de esa cultura, de esas lecturas y de esa Europa es la mejor garantía para disfrutar de su obra, máxime si encima te la orienta García Berrio. Pero además de todo eso hay algunos tipos en el mundo que tienen el don de la empatía, de llegar con su arte a ese punto recóndito del espíritu humano en el que la belleza alcanza un consenso universal, un punto en el que la naturaleza manda ahí tanto o más que la historia, desde el toro de Altamira hasta nuestros días. Muchos de los que ven el cuadro de Enrique que tengo en mi casa dicen “no lo entiendo, pero me gusta”. He aquí un caso claro de cómo la empatía y la abstracción se han conjuntado para producir la Voluntad del Arte en un artista en el que resuena el diapasón de la vieja Europa, la convulsa historia de esa vieja Europa que aprendió a revestir sus pasiones con la discreta elegancia de la razón.

Muchas felicidades a Enrique y mi más sincera enhorabuena al Ayuntamiento de Málaga por haber llevado a cabo esta iniciativa.

Salvador Moreno Peralta, 22 de Mayo de 2006